

Según dice mi amigo

[1]

o, dicho con más propiedad y para que se vea que no pretendo ocultar mis errores, “según habría dicho mi amigo” si no hubiera venido a acontecer que sonó el timbre de la puerta y cuando el menor de los chicos fue a abrir y regresaba por el pasillo llegaron a nuestros oídos — no a los de todos, claro, porque si ya dijimos, que lo dijimos, que el señor Ramírez padre era mudo ha de sobreentenderse que obviamente era sordo — retazos de una conversación mantenida entre el chico y, a juzgar por los timbres de voz, dos hombres bastante jóvenes que por el tono suave y persuasivo que empleaban di yo, sin fundamento alguno, en pensar que eran atracadores de esos que con modales muy educados se meten en las casas con cualquier pretexto para, en un despiste de los habitantes, llevarse algo de valor.

Continuará.

